

sepultada, en una gran piedra coronada de una alta pirámide, á la sombra de algunos árboles, y á la frescura de algunas fuentes, todos los rabadanes, pastoras y ninfas de más estima cubrieron sus frentes con dolor y bañaron con lágrimas sus mejillas en compañía del anciano padre, donde Mendino, que más sentía, era quien menos lo mostraba, por el decoro de Elisa y el estorbo de Filis, y así apartado, donde de nadie podía ser visto ni oído, satisfacía á su voluntad en lágrimas sin medida y en quejas sin consuelo; y cuando el bravo dolor le daba alguna licencia, cantaba en vez de llorar, y peor era su canto que si llorara, que cuando el triste canta, más llora, y más MENDINO, que desta suerte cantaba:

MENDINO

Yéndote, señora mía,
queda en tu lugar la muerte,
que mal vivirá sin verte
el que por verte vivía;
pero viendo
que renaciste muriendo,
muero yo con alegría.

En la temprana partida
vieja Fénix pareciste,
pues tu vida escarneciste
por escoger nueva vida:
sentiste la mejoría,
y en sintiéndola volaste,
mas ay de aquel que dejaste
triste, perdido y sin guía;
y entendiendo
que te cobraste muriendo,
se pierde con alegría.

El árbol fértil y bueno
no da su fruto con brío
hasta que es de su natio
mudado en mejor terreno;
por esto, señora mía,
en el jardín soberano
te traspuso aquella mano
que acá sembrado te había;
y entendiendo
que allí se goza viviendo,
muero aquí con alegría.

Bien sé, Elisa, que convino,
y te fué forzoso y llano
quitarte el vestido humano

para ponerte el divino;
mas quien contigo vestía
su alma, di, ¿qué hará,
ó qué consuelo tendrá
quien sólo en ti le tenía,
si no es viendo
que tú te vistes muriendo
de celestial alegría?

En esta ausencia mortal
tiene el consuelo desdén,
no porque te fuiste al bien,
mas porque quedé en el mal;
y es tan fiera la osadía
de mi rabiosa memoria,
que con el bien de tu gloria
el mal de ausencia porfía;
pero viendo
que el mal venciste muriendo,
al fin vence el alegría.

Es la gloria de tu suerte
la fuerza de mi cadena,
porque no cesse mi pena
con la presurosa muerte,
que ésta no me convenía;
mas entonces lo hiciera
cuando mil vidas tuviera
que derramar cada día;
pues sabiendo
la que ganaste muriendo,
las diera con alegría.

Vi tu muerte tan perdido,
que no sentí pena della,
porque de sólo temella
quedé fuera de sentido;
ya mi mal, pastora mía,
da la rienda al sentimiento;
siempre crece tu contento
y el rigor de mi agonía;
pero viendo
que estás gozosa viviendo,
mi tristeza es alegría.

Así pasaba Mendino su congojosa vida, huyendo de los lugares donde de Elisa se trataba, honrándola ó llorándola, porque para ella y para él era este recato de grande importancia, y así se entretenía en sus cabañas con el vaquero Coridón ó con Castalio su primo lo más del tiempo, y esto porque en amor no falte su costumbre, que es haber siempre quien de nuevo lllore; Cardenio, enamorado de Clori, perdió el respeto á Castalio, que más que á sí la

quería, y la pidió en casamiento, y el generoso padre della, viendo la igualdad de los dos ricos pastores en edad y suerte, y que ambos le pedían y ambos eran dignos, y á Castalio heredero y á Cardenio heredado, dió la palabra á Cardenio y dejó á Castalio, de manera que estuvo mil veces por darse la muerte. En estos trances tan dolorosos se pasó lo restante del invierno. No os he dicho nada de Ga'afión, siendo mucho lo que hay que decir; mas presto celebraremos el sepulcro de Elisa, donde serán sus lágrimas las mejores, porque allí faltarán las de Mendino; y ahora veréis que llega á la ribera un galán cortesano en hábito de pastor; Alfeo se llama, y con dolor viene: tratemos dél, en tanto que de Mendino y Castalio sus recientes daños no nos dan lugar: que tal vendrá, que los hallemos más tratables, pues

El mal que el tiempo hace,
el tiempo le suele curar.

SEGUNDA PARTE

DEL PASTOR DE FILIDA

En tanto que el generoso Alfeo siguió las pomposas Cortes tan satisfecho de su habitación, que le parecía tiempo perdido el que en otra parte se gastaba, mayormente el de aquellos que de las ciudades y villas, retirados á las humildes aldeas, vivían entre aquella soledad acompañada de murmuración, y aquella compañía desierta de consejo, no es de maravillar que así amase el trato cortesano: porque criado en él y aficionado á las artes, hallaba allí del mundo lo mejor; ayudábale á gozarlo ser rico y liberal, gentil, cortés, discreto y bien nacido, amado de todos, y sobre todo, señor de su voluntad. Pero después que vió la hermosura de Andria, que era sin igual, y probó su condición, tan fácil al mal y al bien, que en breves días, enamorado y creído, sintió el favor de su parte, medida de su deseo, y en más breves la ponzoña secreta de su dulzor, juzgó enemigos al cielo y á la tierra, llamó la muerte, aborreció la vida, estragó su pecho has-

ta quedar tan trocado de sí, que á sí mismo no se conocía, y tan enemigo del lugar, que á otra cosa que infierno no le comparaba. Huyó dé', corrido de sus amigos, desesperado de su contento y atónito de su perdición; buscó la ausencia, con deseo de que en ella le viniese la muerte sin que la despiadada Andria supiese de su muerte ni de su vida. Así como iba trocada su fortuna, así lo iba su traje: camisa cruda llevaba y sayo pardo vaquero, caperuza de faldas y calzón de lienzo, polaina tosca y zapato grueso, é intencionado de encubrir su suerte y guardar cabras y ovejas en la ribera del Tajo, donde al silencio de la noche enderezó sus pasos, sin más compañía que su dolor y cuidado, que casi con a'as del viento apresuraban su jornada, llegó á su verde ribera al punto que el sol con la primera lumbre ahuyentaba las postreras sombras de la noche. Era el tiempo que la deleitosa primavera, desechando las flores de sus plantas, casi apenas el deseado fruto entre las tiernas hojas descubría. Y á las aves de la noche por las cavernas encerrándose, las del día (desamparados los nidos), dulcíssimos cantares acordaban. Ya el rústico Arsindo, desde un alto peñasco que sobre el Tajo pendía, tocaba una sonora bocina, á que de todas partes de la ribera le comenzaron á responder con flautas, chapas, adufres y otros instrumentos pastorales, donde Alfeo entendió ser día entre ellos de gran solemnidad y fiesta, y acrecentando su pena, se entró por la espesura de unos tarayes, y recostado en la tierra junto á un pequeño arroyo que del Tajo salía, los ojos en él y el pensamiento en Andria, al son del agua y al compás de sus suspiros comenzó á decir:

ALFEO

Apartado de la vida
pago, viniendo á morir,
con la pena del partir
la culpa de la partida;
culpa que (si bien se apura)
procede en tal ocasión,
no por falta de razón,
mas por mengua de ventura.
Húyome de vos agora,

aunque decirlo es afrenta,
mas si vos quedáis contenta,
iré pagado, señora;
sin derramar más querellas,
que en su mayor fundamento
las ha de llevar el viento
y á mí la vida tras ellas.

Partíme de vos sin veros,
porque no puedan decirme
que fué possible partirme
y no lo fué enterneceros;
excusaré, mal mi grado,
el juzgar en la partida
á vos por desconocida
y á mí por desesperado.

No hay fortuna que asegure
aquel que de vos se parte,
ni tiempo, razón ni arte
que por su salud procure;
y así á tan amarga suerte
no buscaré resistencia,
pues vos disteis la sentencia,
yo ejecutaré mi muerte.

No crece en esta jornada
la pena como el quereros,
que no es mayor mal no veros
que veros contino airada;
y pues iguala á la ausencia
lo que padezco presente,
no podrá llamarme ausente
quien no me lloró en presencia.

Yo me huyo, y no me quejo,
porque no vengo conmigo,
perdonadme que os lo digo
por galardón de que os dejo;
y si os mostráredes servida
en partirme desta suerte,
podré decir que la muerte
me valió más que la vida.

Coged el fruto que ofrece
mi partida en mis enojos,
pues quita de vuestros ojos
lo que vuestra alma aborrece;
quedad satisfecha así,
que aunque soy el agraviado,
triunfaré como vengado
si sé vengaros de mí.

De este bien desconfiando,
mis males agradeciendo,
vuestro desdén conociendo,
de la vida no curando,
tal me voy á tierra extraña
á volverme en tierra poca

con vuestro nombre en la boca
y en el alma vuestra saña.

Bien pensó Alfeo que se quejaba á so-
las, ignorando que á su siniestro lado, á
la caída del río al fin de la espesura, es-
taba la cabaña de la pastora Finea, dis-
creta y bella serrana, la cual, recordando
á la bocina de Arsindo, fué herida de las
palabras del afligido amante; mientras las
cuales duraron, dejó el humilde lecho, cal-
zó abarcas de limpio cuero con cordones
de fina lana, vistió su cuerpo gentil de
saya parda oscura con saino baxo y cami-
sa blanca gayada, cogió sus cabellos, y
cubriéndolos con un ancho y a'to tocado
á fuer de la serranía, salió al lugar donde
Alfeo estaba con más semejanza de muer-
to que de vivo. Y aunque la graciosa Fi-
nea había bien entendido de sus palabras
la causa de su dolor, dissimulando le dijo:
¿Duermes, pastor? No duermo, dixo Al-
feo. ¿Pues por qué, dixo Finea, dejas pas-
sar el río tu manada, que cuando della no
cures, del daño que puede hacer deberías
tener cuidado? No tengo cosa, dixo Al-
feo, que á nadie pueda dañar, sin haberla
en el mundo que á mí no me dañe. Se-
gún esso, dixo Finea, tú eres el más des-
dichado de los hombres, pues ninguno lo
es tanto que no halle quien dél se duela.
Y sin duda ya yo lo hago de ti, porque
me pareces enamorado y forastero. En lo
uno y lo otro, dixo Alfeo, has acertado:
sólo yerras en tener compassión de mí, y
así te ruego no la tengas si no eres amiga
de tiempo muy perdido. ¿Qué sabes, dixo
Finea, si puedes pagarme en mi moneda?
¿Eres acaso, dixo Alfeo, enamorada y fo-
rastera? Esso, dixo Finea, puedes tú ver,
sin preguntarlo, en mi traje por una parte
y en mi piedad por otra. Pero dime, pas-
tor, así triunfes de tus enojos, ¿quién eres,
de dónde y á qué eres venido, que tu
hábito me dice uno y tu persona me des-
cubre otro? No creas nada, dixo Alfeo,
que aquí estoy yo que te desengañaré de
todo, pues no puedo ser ingrato al cargo
que en tan breves razones me has echa-
do: suplicote primero me digas qué es la
causa del ruido que esta mañana (al pa-
recer del sol) sonó en la ribera. La causa,
dixo Finea, de las voces é instrumentos

que has oído es una junta casi general de
los pastores desta ribera que hoy se hace
en lugar señalado, por recordación de la
difunta Eisa, hija del caudaloso rabadán
Sileno, cuyas cenizas serán cada año en
este mismo día celebradas. Por esto subió
el rústico Arsindo á avisar con su ronca
bocina desde las altas peñas, y toda la pas-
toral compañía desde sus moradas le res-
pondieron, á cuyo son recordé yo y oí
tus quejas, y estimo en lo que es razón la
voluntad con que te ofreces á darme cuenta
de ti; pero el detenimiento en este lugar
podría ser peligroso, porque el sitio de Eli-
sa es más de una milla distante de donde
estamos, y la obligación de entrar yo á
tiempo, forzosa, y sin duda no hay pastor
ni pastora que no vaya caminando, así que
en el camino podré saber lo que tanto de-
seo, y tú mandar lo que ya quisieres de
tu gusto, que responderé á él con toda la
obligación que me has hecho. Pastora, dixo
Alfeo, yo no debo hacer esa jornada si
no es porque tú lo quieras, y así te acom-
pañaré hasta donde fueres contenta, que
para mí no tiene más un lugar que otro,
salvo los de la soledad á que mi mala
fortuna me tiene tan obligado. Sígueme,
pastor, dixo Finea, y saliendo de entre los
tarayes se entraron por una senda estrecha
y deleitosa, entre olmos y salces, y á poco
espacio, antes que nada pudiesen tratar, so-
brevino á la parte del río una banda de apues-
tos pastores y hermosas pastoras, y entre ellos
Licio, pastor de mucha estima, desfavorecido
y celoso de Silvia, una de las pastoras que
allí iban. Fué forzoso á los dos, Alfeo
y Finea, seguir su compañía, que sin es-
quivarse del nuevo pastor, iban en dulces
pláticas entreteniéndose, y á la mitad del
camino Finea pidió á Ergasto que tañese
y á Licio que cantase, á cuyo ruego Er-
gasto sacó la flauta, y á su son Licio co-
menzó á cantar de aquesta suerte:

LICIO

¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamás?
De qué yo padezca más,
mas no de que os quiera menos.
Si el que con gusto moría,
queréis que rabiando muera,

aunque mudéis la manera,
firme está la fantasía:
de ira y gracia llenos
dais por un mismo compás
el mal de menos á más
y el favor de más á menos.
Si imagináis que dexarme
tan sin ley y sin razón
en mí ha de ser ocasión
para desaficionarme;
pues no bastan ser ajenos,
industrias son por demás,
antes el deseo es más
cuando la esperanza es menos.

Podéis con desabrimiento
quitarme el verme y el veros,
mas no que por conoceros
no me agrade mi tormento;
ser tan hermosos y buenos
que lo dexáis todo atrás,
esto en mí siempre fué más
y lo demás todo menos.

Si por matar al amigo
no podéis ser alabados,
y os queréis ver disculpados
con todo el mundo y conmigo;
cuando huya de sus senos
el alma triste además,
miradme, y no pido más,
mas tampoco pido menos.

Todos, sino Silvia, oyeron atentamente
la tierna canción del angustiado Licio;
pero ella, que de costumbre tenía esquivar-
se con él en todo, mientras duró se en-
tretuvo con Dinarda en plática de poca im-
portancia, según pareció por lo que Di-
narda hizo, que pidiendo á Ergasto que
no cessase y á Licio que le respondiese,
Ergasto empezó á tañer, y ella á cantar,
y Licio á responder desta manera:

DINARDA Y LICIO

—¿Si Silvia se te desvía,
más la sigues?—Hago bien.
—Morirás por ello.—Amén:
quizá la contentaría.
—Pon más consideración
en tan confusa aspereza,
que te lleva tu firmeza
carrera de perdición;
¿cuando más males te envía

más te humillas?—Hago bien.

—Tú te destruyes.—Amén;
que eso es lo que yo querría.

—No abras con tal error
tu mal soldada herida,
que si es mala la caída,
la recaída es peor;
mira que es gran niñería,
no escarmentar.—Hago bien.
—¿Y si te pierdes?—Amén;
que poco se perdería.

—De tantos males y enojos
¿qué nuevas esperas buenas,
si tu afición y tus penas
son culpas ante sus ojos?

¿A la que te desafía
te avassallas?—Hago bien.
—Veráse vengada.—Amén;
que entonces yo triunfaría.

—Eres juez tan cruel
en sentenciar tu processo
que, ó se te ha enjugado el seso
ó no naciste con él;
lo que en tu frente se cría,
¿es locura?—Hago bien.
—¿Y si te atassen?—Amén;
que por cuerdo quedaría.

O por oír Silvia á Dinarda, ó porque el cantar la movió á más atención que el primero, mientras duró estuvo puestos los ojos en los pastores que cantaban. Mas ya que vió que era acabado, con rostro grave y hermoso, vuelta á la pastora le dixo: Volvamos, Dinarda, á nuestro cuento, que aunque el día es largo, para esso faltará lugar y para essotro no, que llegados al valle todos cantaremos. Esso creo yo, dixo Uranio (pastor de pocas palabras, pero de mucho aviso), mas será la diferencia que cantaréis en la rama y Licio en la red. Si yo la hice, dixo Silvia, en ella muera. ¿Pues quién la hizo? dixo Licio. Tú, pastor, dixo Silvia; si alguna hay, aunque tu desassossiego no es prisión, sin duda, sino temor de venganza de las más conocidas sinrazones que jamás contra mujer se han hecho. ¿Quién las hizo? dixo Licio. Tú, dixo Silvia, que en medio de una tiernísima voluntad mía, donde eras solo señor, moviste en pago tus pies y tu lengua contra mí. Si tú primero, dixo Licio, me quitaste el seso, no fué mucho

que yo hiciesse locuras. ¿Pues tengo yo culpa, dixo Silvia, á tus desvariadas sospechas? Desso, dixo Licio, tú eres testigo, pero soy juez, que yo huelgo de ser el condenado. Sola una cosa, dixo Silvia, quiero preguntarte: ¿Qué te movió á desterrar á Celio de la ribera? Esso, dixo el pastor, fué concierto de nuestra contienda que el que quedasse vencido no pudiesse, por término de un año, apacentar en la ribera del Tajo: condición fué sacada por su boca y desafío hecho por su mano, y pena por que yo passara (aunque á mi pesar) si él me venciera. Y oxalá Licio fuera el vencido, con que el cielo me ayudara con la más mínima parte del sentimiento que por Celio tienes. Mira, pastor, dixo Silvia con rostro más altivo y tierno; vuelve á Celio á su cabaña, y de mí y de la mía no te acuerdes jamás, y agradece mucho que me humillo á enseñarte cómo podrás tenerme menos agraviada. Sí, agradezco á ti y al cielo, dixo Licio; y llamando á Ergasto, á passo largo se entraron por una senda que á mano derecha estaba, quedando los demás pastores muy agradecidos del noble respeto del pastor y del buen proceder de la pastora. Pero viéndola casi forzada á llorar, no quisieron enternecerla; antes, vuelto Uranio al nuevo pastor Alfeo, con gran cortesía le preguntó su nombre y su venida. Mi nombre, dixo el pastor, es Alfeo; mi venida, de passo, y ser'o ha más si os soy inconveniente. Esso estuviera á mi cargo, dixo la serrana Finea. Y volviendo á los demás les aseguró que Alfeo era muy digno de su compañía y trato. Y en estos agradables razonamientos llegaron á una hermosa y gran floresta que á la entrada del valle de Elisa estaba, y donde había orden de irse aguardando los pastores hasta que juntos entrassen al sagrado valle. Y así agora hallaron muchos, divididos por los arroyos y fuentes, tejiendo guirnaldas, juntando ramos de diversas flores y algunos tañendo y cantando con gran armonía y arte, que allí estaban Sasio, Filardo y Arsiano, y la pastora Belisa, hija del doctísimo lusitano Coelio, los cuatro más aventajados en música y canto que en las españolas riberas se hallaban. Ayudábalos el mucho estudio, suaves voces y

discreción y donaire, aunque en suavidad y armonía Belisa los dejaba atrás. Cantando estaba Arsiano cuando nuestros pastores llegaron; pero á poco rato, Belisa, ayudada de Sasio, al son de la lira con gran dulzura comenzó á cantar aquestos versos:

BELISA

Entre hierbas fresquissimas floridas,
un cendal por los ojos rodeado,
juntos los pies, las alas escondidas,

Suelta la aljava, el arco floxo al lado,
durmiendo estaba con descuido y gana
el pequeñuelo dios de Amor echado.

Llevaba en el frescor de la mañana
FILIDA sus ovejas que las flores
iban barriendo con la blanca lana.

No sonaban zamponas de pastores,
iba cantando (cuando vió dormido
al mismo Amor) qué cosa es mal de amores.

No conoció quién era, aunque le vido,
porque nunca sintió su pena grave,
mas llegó á conocerle sin ruido.

Miróle y dixo con su voz suave:
¿Hombre y ciego y con alas? No eres
[hombre.
¿Ave con solas alas? No eres ave.

Si te pusiste aquí porque me assombre
con tu nueva facción, por no havello
quiero saber de ti cuál es tu nombre.

Una trenza texió de su cabello
y atóle, y recordando el Amor luego,
se vió cautiva della y preso en ello.

FILIDA dixo: Dime, alado ciego,
cómo te llamas. Respondió riendo:
Furor causado de tu gran sossiego.

FILIDA le responde: No te entiendo.
Y dice Amor: Mi nombre es tu belleza,
con cuya luz la misma nieve enciendo.

Yo soy Amor, si quieres más certeza,
ves allí el arco, ves allí la aljava,
tiéntalos y verás su fortaleza.

FILIDA dice: El tiempo que me amaba
el que solo obligada me tenía
al yugo que atajó la muerte brava,

Cuatro coronas el Amor traía,
no era arquero, no era amor alado,
ni ciego como tú, que bien veía.

Tú vienes con dos jaras adornado,
una ligera y otra muy pesada,
y el efeto por dicha más pesado.

Dícele humilde Amor: Essa dorada,
de sólo bien querer está sangrienta,
y essa de plomo, en desamor bañada.

Sin quebrar la pesada te contenta
puedes, pues para el hombre que te viere
es imposible que su fuerza sienta;

Mas cuanto tu beldad acá viviere,
por fuerza essotra vivirá segura,
que cuando de mi aljava se perdiere,
la hallaré en tu gracia y hermosura.

La mucha arte, la gran armonía del vario son que la pastora Belisa á sus versos iba dando, fué de manera que no quedó pastor ni pastora que por una y otra parte no la roquassen. Y al fin de su cantar, como maravillados de oirla y no menos satisfechos de mirarla, no se movían de aquel lugar, deseosos que tornasse á su agradable canto. Pero á esta hora ya la floresta estaba llena de la más noble y lucida gente que jamás se ha visto entre pastores. Y el viejo Sileno, con largo sayo y retorcido bastón, la barba al cinto, cana como la limpia nieve, y sobre su arrugada frente una corona de funeral ciprés, salió del valle acompañado de los cuatro escogidos y gallardos pastores Mireno y Liardo, Gafrón y Barcino, en discreción y gentileza iguales, y en caudal y estimación lo mismo. Traían de varios pellicos sus vestiduras, con dardos gruesos de fresno de puntas de luciente acero en sus manos, sus cabellos limpios y peinados, cubiertos con guirnaldas de verde yedra, á cuya entrada todo el pastoral concurso prestó un atento silencio. Y después que Sileno con sus cuatro pastores hubo pasado y visto por todas partes la floresta, vuelto al encerrado valle mandó que Arsindo tocasse en él su bocina, cuyo son apenas fué oído cuando por una sola entrada que el valle tenía se trasladó en él toda la gente que en la floresta estaba. Dispuesto era el lugar para la gran fiesta que se ordenaba. Tenía de ancho media milla y una en largo. Guardábale de ambos lados un espeso y alto monte de gruesos robles y viejas encinas, por entre los cuales baxaban muchos arroyos de agua clara, que unos hacían estanques en el fresco valle y otros por las cavernas sumiéndose, acrecentaban su deleite y hermosura. No

faltaban en el llano fuentes purísimas que, como de cristal, bañaban los troncos á las diversas y hermosas plantas. Estaba entre ellas una alta pirámide de rico mármol, casi toda cubierta de nativa yedra y de compuestos ramos; aquí con gran reverencia fueron llegando pastoras y pastores sin quedar ninguno que no dejase en el devoto sepulcro verde ramo ó florida guirnalda. Y apartados por orden, sentándose sobre la menuda hierba, Alfesibeo, caudaloso rabadán, de edad madura y de presencia gentil, subiendo con el viejo Sileno, Galafrón y Barcino, Mireno y Liardo á un ramoso y alto asiento que á un lado de la pira estaba, tomó la templada lira, y no impedido de las aves del cielo, pero ayudado de los suaves vientos y oído de los atentos pastores, comenzó á cantar esta piadosa elegía.

ALFESIBEO

Pues el suave sentido y dulce canto perdió la causa, en testimonio desto comenzad, Musas, vuestro amargo llanto.

Presentes sean al dolor funesto Beldad, Fortuna, Amor, Gracia y Prudencia, en veste negra y dolorido gesto.

Llore Beldad la sin igual violencia de la muerte cruel, acerba y dura de quien le daba vida y excelencia.

Fortuna ofrezca suma desventura, pues quien la pudo dar al mundo buena guarda su luz en esta pira oscura.

Amor derrame en abundante vena su sentimiento, pues la cruda muerte á fin eterno su poder condena.

La Gracia, viuda de mezquina suerte, pues la fuente perdió de do manaba, la de sus ojos crezca en mal tan fuerte.

Prudencia llore su deidad, esclava de la Parca cruel, pues juntamente con las demás su breve curso acaba.

Y todos ellos mi cantar doliente acompañen con lágrimas, en tanto que diere luz al mundo el rojo Oriente.

Sin igual es la causa del quebranto, débelo ser también en sentimiento; proseguid, Musas, vuestro amargo llanto.

Yace a la sombra deste encerramiento, oscuro y negro, reverente y pío, la misma ydea de merecimiento.

Mi voz cansada, en monte, en valle, en río, Elisa, Elisa en triste son resuena y acoge el cielo el tierno acento mío.

General es la pérdida y la pena, general es el afligido lloro, general la sentencia que condena.

En lo más alto del Castalio coro, las nueve Hermanas con estrecho luto cubren la luz de sus cabellos de oro.

Allánanse á pagar este tributo los que en mil lastimosas ocasiones han conservado siempre el rostro enjuto.

Dolopes fieros, duros Mirmidones, los soldados de Ulises inclementes ablandaran aquí sus corazones.

No es maravilla que unas y otras gentes tomen el triste oficio por costumbre, haciendo agora de sus ojos fuentes.

Que el Sol, subido en la más alta cumbre, envuelto en nubes de mortal tristeza, tiene eclipsada su serena lumbre.

Y el fértil suelo lleno de aspereza, de seco invierno con estéril manto, llora también la celestial belleza.

Y que lloré ó no lloré, el duro canto que sus miembros bellísimos encierra, bañadle, oh Musas, con amargo llanto.

Fría piedra, estrecha pira, poca tierra, que encerráis juntamente cuanta gloria de nuestras almas el dolor destierra.

De la Muerte cruel fué la vitoria; vuestros son los rarísimos despojos, nuestro será el dolor y la memoria.

La c'ara luz de los serenos ojos, el semblante gentil, el aire digno de producir y refrenar antojos.

La blanca mano, el rostro cristalino, la boca de rubín, ebúrneo cuello, frente de nieve, trenzas de oro fino,

Beldad que puso á la beldad el sello; ¿dónde está, pira oscura, piedra fría, tu poca tierra? Danos cuenta dello.

Tierra dichosa en cuanto el cie'lo cria, dichoso en cuanto tú, Neptuno, bañas, y en cuanto mira el portador del día.

De Atlante en las altísimas montañas, en lo hondo del Gange sólo suenes y bañen venas de oro sus entrañas.

Que las perlas y el oro no son bienes que con gran parte deban igualarse á la menor que en tu custodia tienes.

Montes y mares vengan á humillarse á ti, Pira; á ti, Piedra; á ti, Tirreno,

en quien tanta beldad quiso encerrarse.

Guarda, sepulcro, en tu dichoso seno la que guardó en el suyo todo cuanto se conoce en el mundo amable y bueno.

Y si oprimidas de piedad ó espanto el dolor os suspende, al mismo punto volved, oh Musas, al amargo llanto.

Si debe ser en todos tan á punto el dolor, la tristeza, el descontento, ¿qué hará en quien lo paga todo junto?

Padre Sileno, el alto entendimiento socorra en tan justísima querrela y en ocasión de tanto sentimiento.

Limpiad los ojos y veréis aquélla libre de nuestras graves ligaduras, alma pura, gentil, beata y bella.

Entre las almas gloriosas puras que, escarneciendo nuestros desatinos, van de esperanza y de temor seguras;

Y si gozaba acá con los más dignos pareceres humanos tanta estima, lo mismo hace allá con los divinos.

Nadie, Pastor, se espantará que oprima vuestro sentido tan pesada carga y esse dolor que en general lastima.

Pero por esso os dió, con mano larga, juicio el cielo, con que la vitoria dulce gocéis de la contienda amarga;

Y cuando os diere assalto la memoria de la ocasión de vuestro bien pasado, volvedla luego á su presente gloria.

Yo sé que su provecho, ponderado con vuestro daño, y aunque no os lo quite, comorable hará vuestro cuidado.

En el dolor que la razón permite, si no tomáis por vuestra su ganancia, pérdida fué que no terná desquite.

En público lugar, en sola estancia, el tiempo aplicaréis con celo santo á consideración tan de importancia.

Y después que digáis al mundo cuanto supierdes de dolor y de consuelo, dexen las Musas el amargo llanto.

Suba el incienso al cristalino cielo; los versos píos, las ofrendas santas hinchan de honor y de socorro el suelo;

Júntense ahora en esta pira cuantas nobles, piadosas y diversas gentes hoy tienes á la sombra de tus plantas.

Cercanos deudos, próximos parientes, que desto fuiste tan enriquecida como de otros bienes excelentes,

Y junta la progenie esc'arecida,

templos se hagan á tu nombre ilustre, que pueda Fama eternizar su vida.

De siglo en siglo irán, de lustre en lustre, contigo allí mil ínclitos varones, sin que fortuna o tiempo los deslustre.

Y entre sus gloriosísimos blasones, otro se les añada por su parte de tus virtudes y admirables dones.

Las venas cessarán de ingenio y arte, mas no podrá jamás faltar, yo fío, la voluntad perpetua de alabarte.

Los hombres con respeto y señorío, á tu nombre pondrán de tiempo en tiempo mil epitafios, y primero el mío:

Aquí se hace tierra; aquí contemplo la más perfecta y singular criatura que fué en su muerte de bondad ejemplo, siendo en su vida sol de hermosura.

Fué escuchado Alfesibeo de toda la agradable compañía con un grave silencio, interrumpido á ratos con ternísimos suspiros. Pero ya que hubo dado fin á sus versos, el venerable Sileno le tomó la lira con que los tañía, y colgándola de la ancha rama que de una gran encina sobre ellos pendía, mandó que Arsindo tocasse nueva señal, á cuya bocina los pastores y pastoras se fueron dividiendo por el ameno valle, y sobre humildes mesas, cuál del cortado tronco y cuál de la fresca y menuda hierba, gustaron las rústicas viandas que traían. Lo mismo hicieron el viejo Sileno y los gallardos cuatro pastores que le acompañaban con el rabadán Alfesibeo, y todos seis al cabo de su breve comida, que fué al pie de una fuente que salía de una viva peña poco distante de la alta pira, enderezaron á la parte que la pastora Belisa de los más hábiles y nob'es pastores de nuestro Tajo estaba acompañada, y con gran cortesía les pidieron que mudassen lugar, porque la fuente de la peña estaba más fresca y el sitio más acomodado. No gastaron mucho tiempo en ruegos, que al punto Sileno fué obedecido, y tras los llamados fueron otros muchos, deseosos de gozar tan buen entretenimiento, y entre ellos Alfeo y Finea, que, vistos de Sileno, por el conocimiento de la gentil serrana y la pastora del nuevo pastor, particularmente les hizo lugar entre sí y la pastora Belisa. A esta hora Pradelio, pastor mozo,